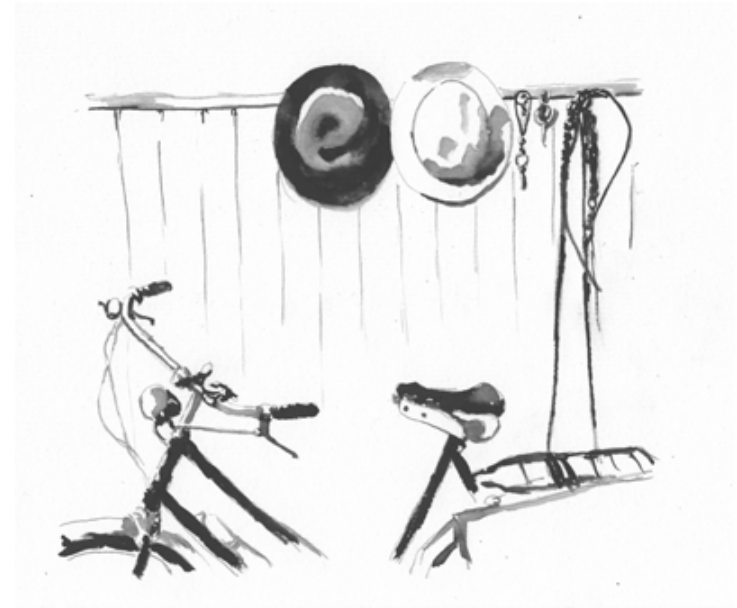


UNA CASA TIENE QUE ALBERGAR
TUS COSAS FAVORITAS,
TUS HOBBIES, AQUELLOS QUE
TE EVADEN, PARA QUE SEA
TU HOGAR

“ Hablan mucho del entorno, del barrio, de los vecinos. Melina nos cuenta que se trata de una zona donde todavía quedan pequeños talleres de artes y oficios: luthiers, encuadernadores, restauradores...”





· Historia 08 ·

LA DIMENSIÓN DEL OFICIO

Melina y David · MADRID

— En realidad, nunca planeamos tener un estudio donde vivir. Todo fue una casualidad.

Llevamos un buen rato charlando, tengo la libreta de notas y la grabadora en marcha, sostengo un vaso de agua fresca, y tras esta última afirmación de David, no puedo evitar decir a media voz que, a veces, es mejor no planear mucho, que así dejamos espacio para cosas tan maravillosas como esta vivienda donde nos encontramos.

Podría empezar contando que estamos en el barrio de Las Letras de Madrid, que hemos subido cinco pisos sin ascensor, que la escalera es ancha y el pasamanos de madera oscura, que nada más cruzar la puerta del rellano, nos hemos encontrado dentro de un espacio diáfano, de techos alto y vigas de hierro, que aun sabiendo a lo que veníamos, el sitio nos ha sorprendido, que hay piezas de cuero y herramientas en perfecto orden, que suena Billie Holiday, flojito, como invitándonos a pasar, que la luz es muy particular y que las plantas crecen frondosas en macetas repartidas por todos lados. Pero no, quiero empezar por el día en que Melina entró en la tienda de bicicletas de David y este se interesó por un bolso que ella lucía. El bolso se lo había hecho ella misma, en sus primeras

clases de confección. David, hijo de una familia que trabajaba el cuero, se atrevió a dar algunos consejos a la inquieta Melina, y esta le habló de su idea de negocio, que resultó ser tal y como David hubiese querido enfocar el negocio familiar: pequeñas producciones, venta online, colecciones que perdurasen en el tiempo. Así nacieron el interés y la admiración mutuos, las ganas de cultivar el oficio, juntos, y la decisión de empezar a andar en un proyecto de largo recorrido, como es Oficio Studio.

En sus inicios, esta entrañable pareja, formada por un madrileño y una mejicana, intentó poner en marcha su negocio dentro del local que David ya tenía para las bicicletas; pronto se dieron cuenta de que ese no era el espacio adecuado para lo que tenían entre manos, así que le preguntaron a un vecino que se dedicaba a hacer reformas de locales si sabía de alguno que encajara con ellos. El chico los sacó a la calle y señaló en lo alto de un edificio afirmando que, allí arriba, había el antiguo estudio de un pintor, y que estaba libre. Y aunque David llevaba muchos años viviendo en el barrio, no tenía ni idea de que este local existía porque desde la calle no se ve, queda como medio escondido, retranqueado en la fachada. Cuando entraron por primera vez en él, estaba

en muy mal estado. Hacerlo habitable requería una gran inversión, lo que hacía que nadie se decidiera a alquilarlo. El techo se encontraba medio caído, los ventanales industriales no aislaban del frío, no había cocina, el suelo estaba cubierto de maderas para que las goteras no lo encharcaran... Pero para David y Melina, encajaba a la perfección con lo que buscaban: necesitaban un taller, y aquello lo era. Después descubrieron que el estudio tenía escondida una habitación aparte, y este hecho les decidió a convertirlo también en vivienda, invirtiendo en una pequeña reforma para acondicionarlo.

Actualmente llevan más de cinco años viviendo y trabajando aquí, acompañados por su perro, Pedales. Las paredes del espacio de trabajo están recubiertas por un zócalo alto, pintado en gris plomo. Las máquinas de coser industriales, la troqueladora, los patrones colgados en pequeños ganchos, las herramientas con mangos de madera, los cajones llenos de remaches y hebillas, los retales de cuero y una inmensa mesa de trabajo, invitan a arregangarse y ponerse manos a la obra. Junto a este festival de artesanía y creatividad, se ubican la zona de estar y la cocina. Tal y como nos cuenta David, antes había un tabique que dividía los dos espacios, pero lo tiraron al hacer la reforma, hecho que hizo que la vivienda ganara mucho en espectacularidad. Confiesan que, aunque disponer de un espacio abierto es apasionante, también tiene sus contras, pues todo está muy expuesto y no hay rincones para esconder nada. Así siempre lo tenemos todo muy ordenado, bromean, porque nunca sabemos si puede venir un cliente.

El suelo de madera oscura es el original, y da un aire industrial y de trabajo. El dormitorio es, junto al baño, la única estancia que queda escondida y las vigas de madera, el suelo pintado de blanco y los textiles, hacen que coja un aire más rústico y recogido. Nos cuentan que en invierno, como cuesta mucho calentar la casa, pasan muchas horas encerrados en el cuarto con la estufa.

Melina es una apasionada de la decoración. Para ella la casa siempre ha sido muy importante, incluso cuando vivía en pisos de estudiante, cuidaba hasta el último detalle de su habitación. Es capaz de explicarnos la historia de cada mueble y objeto: dónde lo consiguió, quién se lo dio, cómo lo arregló o quién lo hizo. Nos paramos ante una enorme vitrina abarrotada de viejas cintas de cassette. Era de un vecino que tenía un bar, al jubilarse se la dio, y ella la ha conservado tal cual. En esta casa no hay ningún mueble hecho en grandes cadenas, o al menos yo no lo veo, pero tengo la sensación de que no es una elección especialmente meditada, sino que viene dada por un gusto por los elementos trabajados, llenos de sentido e historia.

Hablan mucho del entorno, del barrio, de los vecinos. Melina nos cuenta que se trata de una zona donde todavía quedan pequeños talleres de artes y oficios: lutieres, encuadernadores, restauradores... Les gusta comprar en tiendas de barrio, eso hace que los vecinos se conozcan, que te sientas parte de una comunidad. Se trata de un barrio muy tranquilo, donde, si te fijas, la gente suele andar por la calzada porque casi no pasan coches.

El interior de la vivienda está lleno de plantas vigorosas, y hay una pequeña terraza con una pérgola que también cobija decenas de macetas con toda clase de enredaderas, crasas, pequeños árboles e incluso un plantel de tomates. Melina aparta unas hojitas secas de un jazmín:

— Me encanta estar aquí, quitando bichos, jugando con la tierra. Una casa tiene que albergar tus cosas favoritas, tus hobbies, aquello que te evade, para que sea tu hogar.

Aunque se sienten muy a gusto aquí, intentan no coger demasiado apego al espacio, porque son conscientes de que no es algo definitivo. A veces sueñan con una casa cerca del mar, en un entorno más rural. Pero también es cierto que, después de la experiencia de vivir en un estudio así, sienten que no será fácil renunciar a esta estructura. En el fondo, David está convencido de que si no se dedicasen a lo que se dedican, pero hubiesen visto este espacio, lo hubieran elegido igual, porque va con nuestra forma de ser, afirma, con nuestra mentalidad y gusto, nos atrae mucho la estética de las cosas añejas, como decadentes.

Si busco en el diccionario la palabra decadente, en una de sus acepciones leo lo siguiente: Que en materia estética gusta de los refinamientos del pasado. Después busco decadentismo y una frase llama mi atención: Pretende la evasión de la realidad cotidiana. Esto es exactamente lo que pasa entre estas cuatro paredes. Melina y David, siendo fieles a sus gustos y aficiones, su oficio y principios, han conseguido crear un ambiente único y espectacular que te transporta a otras épocas, a otros lugares. Y estoy convencida que, hagan lo que hagan, vivan donde vivan, seguirán convirtiendo lo que los rodea en algo lleno de identidad.



Septiembre, 2017





























· Apunte 04 ·

EL LENGUAJE DE LA CASA

No sé si es muy aventurado afirmar que las personas cuando están en su casa, cambian, pero sí que podríamos estar de acuerdo en que hay algo que se desactiva, como si bajaran la guardia, porque el hogar es el lugar en el que uno está a salvo, o al menos debería ser así. La casa está salpicada de intimidad y pequeños secretos sobre uno, que se esconden en cada objeto, o en cada decisión tomada; cuando ponemos una planta aquí, o una lámpara allá, o colgamos una cortina en ese sitio concreto, o distribuimos nuestra ropa interior en los cajones. Todo en una casa habla, sin que aparentemente diga nada, y es apasionante intentar leerlo cuando te encuentras en la posición de invitado. Pero, ¿cómo se crea esta sensación de guardada, de refugio?

A lo largo de estos meses, hemos visitado viviendas en el campo, en la ciudad, heredadas, de alquiler, de compra, fruto de una casualidad o soñadas, y en cada una de ellas me he preguntado qué es exactamente lo que la convierte en hogar. A veces son cosas tan naturales como la presencia de tu familia, o los objetos que has elegido y que van completamente atados a tu forma de ser; pero también son los detalles sutiles que delatan las rutinas que estableces en aquél espacio (un botellero en un rincón de la cocina, una silla junto a la cama, unas botas de agua en el peldaño de la puerta trasera, unas tumbonas ligeramente encaradas por donde sale el sol, una bañera con restos de sales de baño...).

Antes de crear este libro, si pensaba en los elementos que hacían de mi casa un hogar, veía montañas de libros, velas medio derretidas, plantas y flores por todos lados, una manta medio deshilachada en el sofá, un viejo tocadiscos, decenas de tazas de loza, lámparas por doquier, el jarrón de mi abuela, cortinas ocre... Pero ahora pienso que ya no se trata solo de eso, sino que un hogar es el diálogo entre las herencias, (ya sean costumbres u objetos) y lo que va intrínseco a aquél espacio en concreto, como por ejemplo el rayo de sol de la tarde, el olor del patio de luces al mediodía, aquél cerco de vino en la madera de la cocina, el ruido de la persiana de la frutería de abajo; es decir, el hogar también es todo aquello que no podríamos llevarnos en una mudanza, y esto es lo que lo hace único, vivo y circunstancial, porque tarde o temprano va a desaparecer. No nos queda más que cuidar y disfrutar de la vivienda donde residamos actualmente, como un compañero más de vida, porque no sabemos hasta cuando lo será.





© del texto: Caterina Pérez
© de las fotografías: Mònica Bedmar
Edita: Savanna Books, 2018

Depósito legal: V-2918-2018
ISBN: 978-84-947778-5-1

Diseño: Mònica Bedmar
Ilustraciones: Dani Vergés - *Slowartworks.com*

Edita: Savanna books
Riba-roja de Túria, Valencia
www.savannabooks.org

Imprime: Fernando Gil
Tavernes Blanques, Valencia

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso de los titulares del copyright.